

La calle
Diario de un espectador
La fiesta de los 80
por miguel ángel granados chapa

para el miércoles 7 de marzo de 2007

Salvo él mismo, porque su discreción se impuso y no se supo dónde festejaba su octogésimo aniversario, el júbilo por los ochenta años de Gabriel García Márquez se extendió ayer por todo el mundo. La insólita celebración es, por lo demás, comprensible, pues por un lado sus novelas y relatos han sido traducidos a 35 idiomas y leídos por millones de personas. Y, por otra parte, esos destinatarios de sus letras le viven agradecidos por la alegría trascendente, el alto disfrute de que les ha provisto su imaginación.

En Aracataca, su suelo natal, fue inaugurado un mural de diez metros de largo por 3.20 de alto, compuesto por el pintor local Emiro Camargo. La instalación se volvió el centro de los festejos en que, según el diario bogotano *El tiempo*, “no faltan los voladores, serenatas, presentación de grupos musicales, conferencias, festival del retorno, torta, desfiles militares y hasta misas”.

El pueblo donde nació hace ochenta años, dice el propio periódico, “ya no es la aldea polvorienta llena de silencios y de muertos que describió Gabo. Ahora es un pueblo ruidoso y alegre, donde las notas de los acordeones salen de los patios de las casas, y al que después de cien años de soledad empiezan a llegar las obras.

“Para el alcalde, Pedro Sánchez, la frase mágica que le ha abierto muchas puertas en ‘Yo soy el alcalde del único municipio que ha parido un Nobel’. Esto le ha servido para que desde el presidente Álvaro Uribe hacia abajo le ayuden en su administración.

“Es así como acudiendo al nombre de Gabo, como él mismo lo dice, el gobierno lo ayudó con 3,600 millones de pesos para la construcción de un acueducto y por fin los cataqueros puedan tomar agua potable. En convenio con México se construye el camellón de Los almendros. Y dentro de poco se iniciarán los arreglos de la casa materna. La vieja construcción de zinc y paredes de madera fue adquirida en 1910 por su abuelo materno, el coronel Nicolás Márquez Mejía, quien llegó a Aracataca para ejercer el cargo de recaudador de impuestos. En 1983 fue adquirida por el gobierno de Belisario Betancur y, luego, declarada monumento nacional.

“Desde ese tiempo sólo ha tenido una reparación. Hoy el comején y las grietas en el piso, producidas por las raíces de un árbol, amenazan con tirarla abajo”.

Quizá esa casa, monumento nacional, no es exactamente la que compró el coronel que sí tuvo quién le escribiera, pues al parecer el establecimiento original se quemó y “sobre los escombros todavía calientes construyó la familia su refugio definitivo”, como dice su principal habitante en *Vivir para contarlo*, que describe así su hogar natal, cuando joven adulto lo visitó con su madre, dispuesta a vender el inmueble:

“Una casa lineal de ocho habitaciones sucesivas, a lo largo de un corredor con un pasamanos de begonias donde se sentaban las mujeres de la familia a bordar en bastidor y a conversar en la fresca de la tarde. Los cuartos eran simples y no se distinguían entre sí, pero me bastó con una mirada para darme cuenta de que en cada uno de sus innumerables detalles había un incidente crucial de mi vida.”

Por ejemplo, “la primera habitación servía como sala de visitas y oficina personal del abuelo. Tenía un escritorio de cortina, una poltrona giratoria de resortes, un ventilador eléctrico y un librero vacío con sólo un libro enorme y descosido: el diccionario de la lengua. Enseguida estaba el taller de platería donde el abuelo pasaba sus horas mejores fabricando los pescaditos de oro de cuerpo articulado y minúsculos ojos de esmeraldas que más le daban de gozar que de comer. Allí se recibieron algunos personajes de nota, sobre todo políticos, desempleados públicos, veteranos de guerras. Entre ellos... los generales Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera...”